



**VANESSA
ROMERO ROCHA**
 @vannessarr



Ricardo Anaya se lanza al redondel retórico haciendo lo que no debería hacer quien busca recuperar la confianza perdida: miente.

El chico dorado

Dicen –lo cual es improbable– que el relanzamiento del PAN busca recuperar la confianza perdida. Se arriman a la comodidad del verbo *perder* que intenta escabullirse de la fastidiosa autocritica. Sugieren extravío donde hubo dilapidación. La derecha mexicana creyó que la alternancia era cheque en blanco.

El relanzamiento fue recibido sin entusiasmo porque el partido de anoche es el mismo de anoche. Los azules insisten en su feroz indeterminación: ser lo que sea que no es Morena. Oposición como identidad. El *no* por delante. Un partido exhausto que estira la mano para atrapar lo que se le cae al guinda. Una organización política poblada por los peores cuadros que han pasado por sus filas. En él conviven bribones, resentidos y niños pijos.

En el PAN, sin embargo, algo se mueve. Es el entusiasta meneo de la cola del chico dorado que confunde la nostalgia con promotor presagio.

Ricardo Anaya aspira a desenterrar su historia y volver al ruedo. Sostiene que en 2018 no era su momento. Que le faltaba madurez. Que ahora la tiene. Que debió esperar hasta doce años para intentarlo. Sonríe –cree que no estamos mirando– al comprender que los años que menciona se encuentran

en el porvenir.

Con la ingenua ilusión de un tablero vacío tras el retiro del Macuspano que lo venció dos a uno, Anaya se convence de que es el siguiente al bat. Que el país se quedó inmóvil esperándolo.

Por eso, sin un proyecto político claro, se lanza al redondel retórico haciendo exactamente lo que no debería hacer quien busca recuperar la confianza *perdida*: miente.

Miente cuando asegura que se maquillan las cifras de homicidios, los mismos que se dispararon descontrolados en el último gobierno azul. En seguridad, Anaya se rehúsa a ver lo que los analistas más lúcidos admiten.

Miente –y aquí es consistente con los voceros de derechas que reciclan la misma cantaleta– al decir que desde que llegó López Obrador la deuda pública se duplicó. En realidad, fue durante el sexenio de Felipe Calderón cuando la deuda pasó de 17.9 a 32.4% del PIB, un incremento del 81% respecto a su nivel inicial. Con López Obrador, el aumento fue mucho menor: apenas un 15% más.

Miente otra vez al comparar la reducción de la pobreza en tiempos de Vicente Fox con la actual, como si se tratara del mismo país, de las mismas reglas. Omite que entonces solo se medía el ingreso alimentario, no la pobreza multidimensional

que hoy incorpora carencias sociales. Omite Cantarell.

Dos apelativos trazaron el destino de Ricardo. Primero, el de *Golden Boy*, que lo hizo creer que lo era. Luego, el que le lanzó el oriundo de Tepetitán en pleno debate presidencial. El que alude a Ricky Ricón. Ambos redundan en lo mismo: el chico es dorado. Y tiene rato que el país perdió el gusto por semejante brillo.

Siendo Anaya uno de los mejores argumentadores del Senado, su voz habita en las alturas. Desde tan arriba –y desde el pasado– pocos lo escuchan. La última vez que intentó bajar –era la parte media del sexenio obradorista cuando se trepó a un coche para recorrer el país– terminó convertido en meme: *Ahora voy de camino a Veracruz*.

El opacamiento de su imagen –otro dorado– se traduce en importantes negativos. El corrimiento al rojo del excandidato presidencial. Anaya acumula 47 puntos de desaprobación: casi la mitad del país lo rechaza. Ni los pillos de siempre –Jorge Romero, López Hernández, Ricardo Monreal– cargan con semejante mochila. Apenas un punto lo separa de su tocayo villano de apellido Salinas Pliego.

Flaco favor hace a sus aspiraciones mintiéndole en la cara a la gente: poca promesa de futuro habita en quien reniega del presente.